



Eduardo Marturet: próximo invitado de la Filarmónica

Por *Cecilia Scalisi* desde *Berlín*

Para LA NACION

BERLIN / Ya conocido en la Argentina en una primera visita como invitado de la Filarmónica y, anteriormente, a cargo de la Berliner Symphoniker en su primera gira por la Argentina en 2001, el talentoso director y compositor venezolano Eduardo Marturet regresa al país, esta vez con dos conciertos en el Colón, uno en la Facultad de Derecho y un cuarto en Mendoza. Luego de concluir una serie de conciertos y grabaciones con la mencionada agrupación berlinesa (con un variado repertorio de obras argentinas), el actual director artístico de la “Sinfonietta Caracas” dialogó con LA NACION y presentó su visión de las orquestas sinfónicas latinoamericanas, sus desafíos y futuro, una cuestión que ocupa al activo músico desde hace años y para la cual ha elaborado un interesante informe dado a llamar: “El reto de la excelencia”.

“Tenemos que entender y aceptar que una orquesta latinoamericana nunca va a sonar como una europea. ¡Jamás!” abre la conversación el venezolano. *“Sin embargo, y aún con esas diferencias de nivel artístico, las latinoamericanas suelen estar más involucradas con la mística del quehacer profesional, pero mantienen un complejo que les impide definir su personalidad”*

Siendo tan vasta América Latina ¿en qué sentido vale tal generalización?

Por un lado en lo que hace a la disciplina...o a la falta de ella. Por otro todas tienen, un poco más o menos, un verdadero complejo de inferioridad. No se aceptan como son y por eso les resulta difícil ser organismos fuertes, pues la receta de ningún director puede subsanar la falta de estima. Predomina en todos nosotros una tremenda baja autoestima, un permanente mirar en el plato ajeno, sobre todo de Europa. Queremos ser lo que son otros y en el camino nos quedamos a medias, sin ser nada auténtico.

¿Cómo se percibe esto?

Desde el primer impacto, desde la actitud corporal. Cuando uno ve a orquestas importantes, los músicos son orgullosos, están sentados al filo de la silla, irradian energía, luz. Cuando la orquesta no está orgullosa y no se siente ganadora, es un todo aplastado y decaído. El resultado no puede ser otra cosa si se parte de esa base. Es como un equipo de fútbol: en los campeones, uno ve que cada jugador tiene la fibra de una estrella, aún si está en el banco.

¿Cuáles son las diferencias esenciales en lo musical?

No me atrevería a generalizar respecto de toda Europa, pero sí de las orquestas alemanas, que son las que mejor conozco. La esencia, diría, está en una forma muy particular de concebir dos elementos fundamentales: *tempo* y afinación.

¿Qué ocurre con el tempo?

Los germanos no ‘sienten’ el *tempo*, lo ‘piensan’. Tienen una tendencia a racionalizar y premeditar los cambios de pulso y *tempo*, por eso producen un sonido tan bien ensamblado, un tanto pesado, con la ya célebre tendencia al retraso, esto es: sonar después del gesto del director. Más allá de una tradición, esta es una forma efectiva de lograr precisión en las entradas, los ataques, y, adicionalmente, permite lograr

sonoridades, colores orquestales más ricos y con una sólida personalidad estilística. Nuestras orquestas en latinoamérica, por el contrario, no piensan el *tempo*, sino que lo sienten.

¿Cómo se manifiesta en el conjunto?

En la musicalidad latina, el sentido rítmico se presenta como ingrediente principal, innato y espontáneo. Obviamente que esto no quiere decir que nuestras mejores orquestas, no ‘piensen’ el *tempo*, seguramente sí, pero hay una tendencia a sentirlo y dejarse llevar por el instinto musical. El resultado es un sonido mucho más cerca al ‘*battere*’, es decir: encima del gesto del director. En conjunto produce un ensamble inseguro, a veces apresurado, y, paradójicamente, fuera de ritmo.

¿Qué es lo que sucede con el proceso de afinación?

Curiosamente lo contrario. Por lo general, las orquestas alemanas no ‘piensan’ la afinación sino que la ‘sienten’. Evidentemente, los músicos tienen que estar pendientes de las mínimas variables de frecuencia entre ellos para lograr tocar juntos y afinados, pero me atrevo a asegurar que no es un proceso tan racional. sino más intuitivo. Por ello el característico sonido alemán es reconocible por tener peso, una base muy sólida sobre los registros graves del orgánico orquestal. Esto ocurre porque la afinación es ‘sentida’ y construida desde las tesituras graves a las agudas. Por el contrario, las orquestas latinas están más habituadas a ‘pensar’ la afinación, racionalizarla y no tanto sentirla. Esto sucede, pienso, por la sencilla razón de que son agrupaciones jóvenes sin esa tradición que hace del sentido de afinación un proceso espontáneo, automático e intuitivo.

¿Existe alguna ventaja para las latinas en esta comparación?

El fuerte de nuestras orquestas no es precisamente la afinación sino más bien las virtudes relativas al volumen y brillantez del sonido, además de una fuerte dosis de emotividad.

Volviendo a la autoestima ...

Me refiero a que nuestras orquestas deberían cuidarse de imitar a las europeas, de querer tener el sonido ‘Berlín’ o ‘Viena’, y desarrollar sus virtudes propias, seguir como una especie de código genético. Nuestras orquestas deben entender que lo que les atrae del sonido europeo está intrínsecamente unido a la individualidad de cada país y cultura. Entender por ejemplo esas diferencias entre ‘pensar’ y ‘sentir’ sin que ello implique perder la rica flexibilidad que las caracteriza, ya sería un paso. Incorporar lo que nos identifican sin subestimarnos.

¿Cómo se plantearía tal meta?

Estoy convencido de que el desafío de la orquesta sinfónica como tal, y esto más allá de referencias geográficas e incluídas Berlín, Viena y Nueva York, tendrá que re-inventarse a sí misma si quiere sobrevivir. Y es en ese sentido que nuestras orquestas tienen toda la potencialidad para hacerlo pues, aquí al contrario, el principal aliado será lo que más nos pesa sobre nuestro complejo de hermanos inferiores: la falta de una gran tradición musical. Justamente esa carencia de tradiciones será lo que nos aliviará de llevar demasiado equipaje en este viaje sin retorno. Por imposible que parezca, la alternativa de nuestras orquestas es el reto de la excelencia. De otro modo, el único escenario alterno será una realidad artística en decadencia.

Cecilia Scalisi
Berlín / Alemania